

designaciones autóctonas de realidades ya bautizadas con los nombres de las primeras lenguas conocidas por los conquistadores: tal es el caso, por ejemplo, del taíno *matz*, que se extendió prontamente por México, desalojando al nahua *tlaoli*, hasta alcanzar su casi completa eliminación³.

Creo, en resumen, que este trabajo se convertirá, por la amplitud de su documentación y la seguridad de casi todos los datos que incluye, en una obra de consulta cómoda y fidedigna para los interesados en conocer la verdadera aportación léxica de las lenguas americanas en la formación del español moderno.

J. M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional Autónoma de México.

RODOLFO OROZ, *La lengua castellana en Chile*. Universidad de Chile, Santiago, 1966; 545 pp.

Casi nada parece habersele escapado a Oroz en este detallado y extenso estudio del habla chilena. La obra, dada su objetividad y claridad, resulta imprescindible para todos los que —en uno u otro aspecto— se dediquen a la dialectología hispanoamericana y a la enseñanza del español en Chile.

El autor estudia el habla de su país en los aspectos fundamentales: fonética (pp. 53-148), morfología (pp. 199-369), sintaxis (pp. 370-402) y vocabulario (pp. 403-471). Añade, además, un prólogo y una introducción y, al final, unos apéndices junto con un índice bibliográfico y un índice de palabras.

En el prólogo precisa Oroz sus intenciones: "reflejar de la manera más fiel y completa posible" la lengua chilena contemporánea, y mostrar sus rasgos esenciales, "captados a base de una encuesta y confirmados, hasta donde nos fue posible, mediante los testimonios de la literatura nacional". Para la encuesta, realizada en 1958, se utilizó, en las partes de morfología y sintaxis, un cuestionario "preparado en estrecha relación con el *Cuestionario lingüístico* de Tomás Navarro", cuya ordenación sigue más o menos el libro de Oroz. En la parte fonética, la agrupación de materiales se hace según el ejemplo de Henríquez Ureña (*BDH*, ts. 4 y 5).

En la introducción plantea y comenta el autor algunos aspectos de la historia del español de América. Su visión, sintética y precisa, cuenta con un amplio apoyo bibliográfico. Más adelante reseña los trabajos que se han publicado sobre el español de Chile y sobre algunos hechos históricos de interés lingüístico (origen de los conquistadores y coloni-

³ Algunas breves anotaciones más: *puma* no es "muy poco usual" (p. 13), al menos en México, donde se suele distinguir del león; más que *cacte* 'sandalia' (que parece ser variante exclusiva de Tabasco), se usa *caite*, y aun *caique*, junto a *cacle* (p. 43); *temascal* conserva su sentido originario de 'local cerrado en que se toman baños de vapor' (de *tema* 'bañarse', y *calli* 'casa'), pero no conozco el de 'sitio muy caliente' (p. 40), que Buesa puede haber tomado del diccionario de Malaret, y que se explica muy fácilmente; para la familia léxica de *changa(r)*, *changador*, etc., J. P. RONA ha propuesto en *ALM*, 3 (1963), 87-92, un posible origen africano, que puede discutirse.

zadores, influencia de las lenguas indígenas, etc.). Termina la introducción con una delimitación de las zonas dialectales de Chile que aparecen, además, en un mapa. De acuerdo con los datos de la encuesta mencionada, la lengua popular presenta la siguiente división por zonas¹: a) nortina (provincias de Tarapacá, Atacama y Coquimbo); b) central (provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua y Talca); c) sureña (provincias de Maule, Linares, Ñuble, Concepción, Arauco, Bío-Bío, Malleco, Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue y Magallanes); y d) zona Chiloé (provincias de Chiloé y Aisén).

El capítulo dedicado a la fonética es uno de los más completos y mejor estructurados del libro. Tanto las vocales como las consonantes están presentadas en una clasificación adecuada a la realidad fonológica del castellano. En el primer caso prefiere la ordenación *i, e, a, o, u*. En el segundo, en lugar de la clasificación híbrida de las consonantes en oclusivas², fricativas, laterales y vibrantes, palatales y nasales, opta por hacerla, de manera congruente, de acuerdo con el punto de articulación. Al principio de esta parte aparece una lista de signos fonéticos bastante completa, si se toman en cuenta las inevitables limitaciones tipográficas³.

Hay algunos detalles que convendría precisar o ampliar. Entre ellos están los siguientes:

En las dos palabras (*perrera*, *hermano*, p. 59) que aparecen como ejemplos de *e* abierta en sílaba protónica, puede pensarse que la vocal se abre, más que por ser protónica, por estar en contacto con *rr* o trabada por *r*.

Respecto a la sonorización de consonantes sordas oclusivas en posición explosiva, sólo se menciona el caso de *g* por *k* (*garabina*, *golmena*, p. 171). Tengo la impresión de que el fenómeno, al menos en el habla de Santiago, está algo más extendido de lo que podría suponerse con base en los datos de Oroz. Personalmente⁴, encontré sonorizaciones o semisonorizaciones de *p* y *k* tanto en posición inicial como en interior de palabra ante vocal *y*, con menor frecuencia, ante líquida⁵. En algunos casos —los menos, a mi ver— podría tratarse de una relajación ar-

¹ Quizá hubiera sido conveniente reunir aquí los materiales (dispersos en el libro) que permitieron esta división. Así el lector podría apreciar más claramente las características de cada zona y, a la vez, tendría una idea respecto al criterio seguido para el trazado de isoglosas.

² En este grupo se incluían *b*, *d* y *g*, fonemas sonoros en los cuales no es pertinente el rasgo de oclusividad.

³ Debe haber alguna errata en la descripción de la articulación del sonido *sh*, que es idéntica a la de χ : "consonante prepalatal fricativa sorda". Asimismo resulta imprecisa la articulación de *ç*: "fricativa palatal sorda, como la *ch* en alemán", dado que en la p. 124 aparece el mismo signo como prepalatal y en la p. 192 como pospalatal.

⁴ He hecho varios viajes a Santiago de Chile. La primera vez fue en 1967, y permanecí allí dos meses. He tenido así la oportunidad de escuchar a diversas personas y de hacer grabaciones magnetofónicas.

⁵ Los siguientes son algunos ejemplos tomados de una grabación del habla formal y culta. Con *b* (*p* sonora): *el año basado, la ciudad de Bunt'Arenas, alguna participación*; con *p* sonorizada: *opusieron, la plaza, la provincia*; con *g* (*k* sonora): *provogado, demócrata gristiano*; con *k* sonorizada: *de kada país, de korreos*.

ticulatoria. En cualquier forma, convendría estudiar con más detalle estos hechos.

En la parte de morfología resulta de gran interés el estudio de la oposición *-o/-a* en los inanimados, y todo lo referente a la formación nominal. Oroz, en esto, no intenta caracterizar diferencialmente el habla de Chile, sino sólo registrar las voces de uso común en ese país. Muchas de ellas probablemente son de uso hispánico general (por ejemplo *deshumanización, inconcluso, insospechable, precandidatura, prevocacional, ultracorrección*, etc.).

El verbo está tratado ampliamente, tanto en el capítulo de morfología como en el de sintaxis. Menciona el autor el desuso de los futuros de subjuntivo —general en el español—, y la poca vitalidad del futuro de indicativo —sustituido por perífrasis, lo mismo que en otros lugares— y del pretérito anterior⁶. En la sintaxis estudia, entre otras cosas, el uso de los tiempos y de algunas perífrasis verbales.

El capítulo dedicado al vocabulario resulta, a la vez, ameno y desigual. Se lamenta Oroz de la “suma pobreza” léxica de “la mayoría de las gentes cultas y semicultas” de Chile, con lo que se suma a la opinión de “algunos intelectuales españoles” (p. 403). Culpa, en parte, a los colegios, “en los cuales no se da la debida importancia a los ejercicios”. Esta y algunas observaciones más que aparecen en otros lugares⁷ son sin duda muy útiles, pero, a mi modo de ver, no corresponden al propósito del trabajo que se plantea claramente en el prólogo: “no nos interesan los principios relativos a la corrección idiomática, sino una descripción objetiva de los hechos lingüísticos, libre de toda pedantería” (p. 9).

Por otra parte, no resulta clara la finalidad que se persigue en el vocabulario. En las “voces y acepciones nuevas de diferentes esferas”⁸, por ejemplo, hay un buen número de vocablos que aparecen con el mismo significado en otros lugares. *Agitador, ejecutivo, conscripto, dejar a uno K. O. o groggy* se usan, al menos, en México; *arribar* ‘llegar por tierra a cualquier paraje’ aparece incluso en el *DRAE*; *malacate* es un

⁶ No menciona Oroz ningún sustituto en este caso, quizá porque es conocido en muchos lugares el uso del pretérito indefinido en lugar del pretérito anterior. Esta sustitución la encontré asimismo en la ciudad de Santiago.

⁷ Por ejemplo, cuando se refiere a la pérdida de la *-b-* intervocálica que se produce incluso en el nivel culto, dice que se da “aún entre jóvenes universitarios —de extracción social baja, por supuesto” (p. 96). Por otra parte, sorprende leer que “para los chilenos cultos no existe sino la norma académica como única pauta de referencia” (p. 12), a menos que se considere culto sólo un grupo selecto de chilenos que la conocen, puesto que el mismo Oroz encuentra en los ministerios y en los diarios chilenos “expresiones incorrectas en ese nivel cultural, ya que no respetan la norma dictada [...] por la Real Academia Española” (p. 9). Incluso el autor incurre en antiacademicismos léxicos cuando explica —en sus “Regionalismos léxicos”— las palabras *cremallera* y *chalequina* respectivamente con los términos ‘cierre éclair’ y ‘pull-over’, que pertenecen a la norma *standard* de Santiago y no a la académica. Algo parecido sucede cuando usa como significado de *cena* (término de Chiloé; ‘comida que se toma por la noche’ en el *DRAE*) el vocablo ‘comida’, debido a que en Santiago esta última palabra significa ‘cena’.

⁸ Polftica, hipismo, ejército y marina, agricultura, minería y pesca. En el vocabulario se recogen, además, arcaísmos, indigenismos, regionalismos léxicos y extranjerismos.

nahuatlismo; *chifa* 'restaurante chino' es de uso común en Lima, etc. Convendría, pues, precisar el criterio con que se han seleccionado las voces.

Los apéndices son de gran interés y utilidad. Entre ellos se recogen los "nombres del dinero en la lengua popular" (por ejemplo *aluminio*, *chapa*, *chiches*, etc., para 'moneda'); algunos "sinónimos y expresiones figuradas" ('avaro' = *amarrete*, *apretado*, etc.; 'cabeza' = *cacerola*, *pepino*, *terraza*, etc.; 'tonto' = *bolón*, *churronazo*, *guanaco*, etc.); las formas corrientes de iniciar un diálogo; algunos dichos y fraseología populares, etc.

En resumen, el libro es el resultado de un largo proceso de investigación y de elaboración cuidadosas. Las objeciones que se pueden hacer van dirigidas hacia algunos aspectos particulares, y dejan a salvo el valor y la abundancia del material recogido. La obra, en consecuencia, es una valiosa ayuda para todo investigador de la realidad lingüística hispanoamericana.

RAÚL ÁVILA

El Colegio de México.

El Cancionero de Gallardo. Edición crítica por José María Azáceta. C.S.I.C., Madrid, 1962; 322 pp. (*Clásicos hispánicos*, Serie II, 6).

La edición se basa en el ms. 3993 de la B.N.M. El editor recorre brevemente la accidentada historia del códice, que fue adquirido por B. J. Gallardo, desapareció con otros libros suyos en 1823, volvió a sus manos en 1836, reducido más o menos a la mitad, y pasó luego a la Biblioteca Nacional. Gallardo numeró los 70 folios que quedaban del ms. original. El editor no adopta una posición definida en cuanto a cuál fue la parte perdida del ms.; pero sí menciona la posibilidad —que consideramos muy real— de que la parte faltante constituyera el comienzo del códice, ya que en el fol. Ir se encuentran ocho versos (es verdad que no del final, sino de la mitad) de las extensas *Coplas del provincial*.

Conviene destacar ante todo que Azáceta ha realizado la meritoria tarea de aclarar de manera definitiva las contradictorias indicaciones bibliográficas referentes a nuestro ms. El llamado *Cancionero de Gallardo "trunco"* no es, como había supuesto Aubrun, una parte del *Cancionero de la Colombina* de Sevilla (sign. E.AA. 144-18)¹, ni tampoco coincide, como pensaba Serís, con el códice de la Academia de la Historia (sign. 2-7-2, ms. 2), que también lleva el nombre de Gallardo².

La sustanciosa e informativa Introducción constituye una importante contribución a la historia de la poesía cancioneril de los siglos xv

¹ CH.-V. AUBRUN, "Inventaire des sources pour l'étude de la poésie castillane au xve siècle", *EMP*, t. 4, pp. 304-305. Cf. AZÁCETA, Introducción, p. 27.

² HOMERO SERÍS, *Manual de bibliografía de la literatura española*, Primera parte, Syracuse, N. Y., 1948, ficha 2188 (da como signatura S-9-2). JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la literatura hispánica*, t. 3, vol. 1, núms. 2831 y 2834, señala también que se trata de dos códices distintos.